



Elías Santos Rodríguez
(S. C. de La Palma, 1888-1966):
notas sobre una amistad

Luis Cobiella Cuevas

Elías Santos Rodríguez y grupo de amigos en una excursión al Cubo de La Galga. AFS



Elías Santos Rodríguez y grupo de jóvenes de su generación. AFS

Don Elías veraneaba en La Dehesa, a unos tres kilómetros de Santa Cruz de La Palma, adonde bajaba algunas veces por semana: regresaba a pie y yo lo acompañaba Planto arriba, tras lo cual volvía solo y contento a mi casa. No es frecuente que un joven de diecisiete a veinte años acompañara *motu proprio* a una persona mayor. Este texto trata de explicarlo.

La música es, de inmediato, una de las explicaciones. Don Elías era director de la Masa Coral. Ahí me atrajo su criterio electivo al redactar programas de concierto. Me atrajo su sobriedad al dirigir. Con seguridad, con austeridad de gestos: nunca apeló a modos teatrales frecuentes en los directores; alzaba los brazos, movía la cabeza y decía con las manos lo imprescindible: esa es tal vez la palabra apropiada para expresar lo que intento decir: *lo imprescindible*, que, en este como en tantos otros expedientes, coincide con

lo justo, lo perfecto. Y me atrajo su modo de componer: los *Aires palmeros* para seis voces sorprenden no solo por su perfección armónica y melódica, sino, sobre todo, por su ternura que, de entrada, no se esperaba de la seriedad estricta de D. Elías. Más a fondo y cercano, tuve el privilegio de asistir a la producción de sus Carros Lustrales: durante los años víspera, pocas fueron las tardes en las que no acudía al luminoso comedor frente al mar donde descansaban amplias hojas pentagramadas: allí fui testigo, privilegiado he dicho, del nacimiento de sus melodías sencillas, amables, inteligibles y dispuestas a ser recordadas sin esfuerzo. Fueron aquellas tardes regalo de D. Elías, de las que no olvido el menor detalle, incluso la precisión de sus notaciones, estéticamente dispuestas.

He dicho «regalo de D. Elías». Quisiera anteponer el *regalo* a la *música* porque siendo esta para mí importante, lo fue

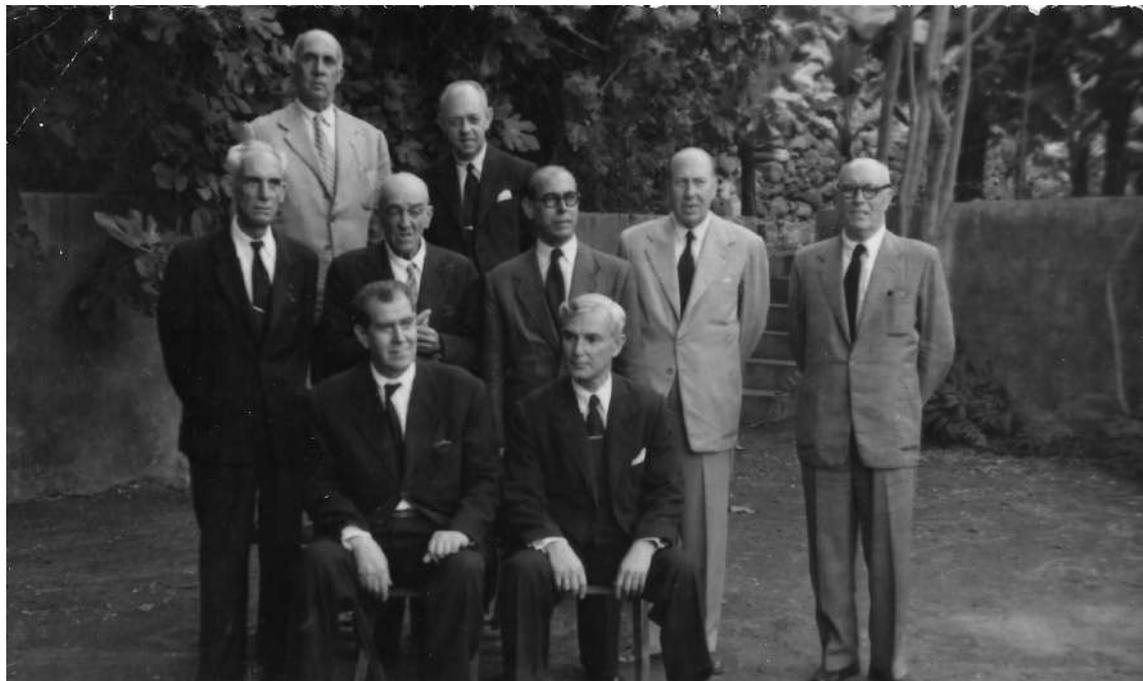
mucho más el regalo de su tiempo, de su persona en la que a través de los días y los años adiviné la generosidad más genuina. Esa generosidad, como los ángeles, tiene dos alas: una, la ausencia de presunción, la humildad de dar a conocer los bienes que pudieran interesar a otros (no hubo nunca grave estorbo de cualquier autoafirmación enfática); otra de las alas es la calidad de los bienes en que consistía y ponía a disposición de quien quisiera compartirlos.

De tales bienes, uno de los que gocé fue el extraordinario repertorio de música a cuatro manos. Tarde a tarde, juntos ante el piano. Yo a la derecha para expresar lo más fácil, la melodía, él a la izquierda, en la menos agradecida región de los bajos que soportan el conjunto y lo fundamentan. Tarde a tarde, digo en una sala donde la luz sosegada y el silencio caracterizaban una estética de muebles y cortinas donde era fácil recibir la música de dos pianos, tuve el privilegio, otro privilegio, de conocer la mayoría de las producciones de los compositores clásicos y románticos mediante reducciones a cuatro manos editadas por Peter.



Retrato de Elías Santos Rodríguez y amigo. AFS

Elías Santos Rodríguez y grupo de amigos en el hotel Florida (1950). AFS





Viaje de la Masa Coral a Tenerife. AFS

El penúltimo regalo de D. Elías —y digo «penúltimo» para valorar una importancia sólo disputada por el regalo último— fue su amistad. Supe entonces de un hombre con extraordinarios conocimientos matemáticos cuando tuve acceso a sus libretas elaboradas durante largas estancias en Londres; con extraordinarios conocimientos de Biología, especialmente la inmensidad apabullante de los hexápodos, saberes derivados de la fuente principal, su padre, el doctor D. Elías Santos Abreu. Con todo, su amistad es preciosa por algo superior a los conocimientos matemáticos y biológicos: la condición humana, afortunadamente matizada por modos adquiridos en Inglaterra: estas son a mi juicio las características de la condición humana de D. Elías Santos Rodríguez: honestidad, sencillez, verdad, generosidad; todo ello sobre un fondo de suave timidez propia de las personas singulares.

El último regalo de D. Elías fue su hijo, mi amigo y hermano Elías Santos Pinto. Este Elías, generoso como su padre, me dejó participar de la paternidad que sólo él merecía. Y, como tantas otras cosas, me la dejó en herencia: eso explica definitivamente el que haya escrito estas notas de un tirón. Nunca podré escribir «notas sobre Elías Santos Pinto» con verbos pretéritos imperfectos porque nunca podré pensar que se ha muerto.

El presente texto fue la intervención de su autor en un homenaje dedicado a Elías Santos Rodríguez, en el marco de las IX Jornadas Culturales Cuarto Son, celebradas en la Casa Salazar de Santa Cruz de La Palma el 13 de noviembre de 2009.